

el galeon, después de haberles saludado, nos preguntó el capitán Diego de Silveira que de dónde veníamos y qué mercadería traíamos; y le respondimos que veníamos de la Nueva-España y que traíamos plata y oro; y preguntónos qué tanto sería, el maestro le dijo que traería treientos mil castellanos. Respondió el capitán: *Boa fee que venis muito ricos, pero traxedes muy ruin navio y muito ruin artilleria, ó fi de puta can, á renegado frances, y que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos abedes escapado, seguime, y non vos apartedes de mi, que con ayuda de Deus, eu vos porne en Castela.* Y dende á poco volvieron las carabelas que habian seguido tras el francés, porque les pareció que andaba mucho, y por no dejar el armada, que iba en guarda de tres naos que venian cargadas de especería; y así llegamos á la isla Tercera, donde estuvimos reposando quince dias, tomando refresco y esperando otra nao que venia cargada de la India, que era de la conserva de las tres naos que traia el armada; y pasados los quince dias, nos partimos de allí con el armada, y llegamos al puerto de Lisbona á 9 de agosto, vispera de señor sant Laurencio, año de 1537 años. Y porque es así la verdad, como arriba en esta *Relacion* digo, lo firmé de mi nombre, *Cabeza de Vaca*.—Estaba firmada de su nombre, y con el escudo de sus armas, la *Relacion* donde este se sacó.

CAPITULO XXXVIII.

De lo que sucedió á los demás que entraron en las Indias.

Pues he hecho relacion de todo lo susodicho en el viaje, y entrada y salida de la tierra, hasta volver á estos reinos, quiero asimismo hacer memoria y relacion de lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás, porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente de ellos en la Nueva-España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el suceso y todo el fin de ello de qué manera pasó, después que dejamos los tres navíos, porque el otro era ya perdido en la costa Brava; los cuales quedaban á mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas habia dicho al Gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes que le sucediesen; y esta le dijo, cuando entraba por la tierra, que no entrase, porque ella creia que él ni ninguno de los que con él iban no saldrian de la tierra; y que si alguno saliese, que haria Dios por él muy grandes milagros; pero creia que fuesen pocos los que escapasen ó no ningunos; y el Gobernador entonces le respondió que él y todos los que con él entraban, iban á pelear y conquistar muchas y muy extrañas gentes y tierras; y que tenia por muy cierto que conquistándolas habian de morir muchos; pero aquellos que quedasen serian de buena ventura y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenia de la riqueza que en aquella tierra habia; y dijole mas, que le rogaba que ella le dijese las cosas que habia dicho pasadas y pre-

sentes, quién se las habia dicho. Ella le respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos se lo habia dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo habia á nosotros dicho, y nos habia sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos habia dicho. Y después de haber dejado el Gobernador por su teniente, y capitán de todos los navíos y gente que allí dejaba, á Carvalho, natural de Cuenca de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el Gobernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos á los navíos, y siguiesen su viaje derecho la via del Pánuco, y yendo siempre costeano la costa y buscando lo mejor que ellos pudiesen el puerto, para que en hallándolo parasen en él y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogian en los navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dijo á las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponian sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién se habian de casar, porque ella así lo habia de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos; y después de partidos de allí los navíos, hicieron vela y siguieron su viaje, y no hallaron el puerto adelante, y volvieron atrás; y cinco leguas mas abajo de donde habiamos desembarcado, hallaron el puerto, que entraba siete ó ocho leguas la tierra adentro, y era el mismo que nosotros habiamos descubierto, adonde hallamos las cajas de Castilla que atrás se ha dicho, á do estaban los cuerpos de los hombres muertos, los cuales eran cristianos; y en este puerto y esta costa anduvieron los tres navíos y el otro que vino de la Habana y el bergantín, buscándonos cerca de un año; y como no nos hallaron, fuéronse á la Nueva-España. Este puerto que decimos es el mejor del mundo, y entra la tierra adentro siete ó ocho leguas, y tiene seis brazas á la entrada y cerca de tierra tiene cinco, y es lama el suelo de él, y no hay mar dentro ni tormenta brava, que como los navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado. Está cien leguas de la Habana, que es un pueblo de cristianos en Cuba, y está á norte sur con este pueblo, y aquí reinan las brisas siempre, y van y vienen de una parte á otra en cuatro dias, porque los navíos van y vienen á cuartel.

Y pues he dado relacion de los navíos, será bien que diga quién son, y de qué lugar de estos reinos, los que nuestro Señor fué servido de escapar de estos trabajos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del doctor Castillo y de doña Aldonza Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraltar. El tercero es Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó á Canaria, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto se llama Estebanico; es negro alárabe, natural de Azamor.

COMENTARIOS

DE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA,

ADELANTADO Y GOBERNADOR DEL RIO DE LA PLATA.

CAPITULO PRIMERO.

De los comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

Después que Dios nuestro Señor fué servido de sacar á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca del cautiverio y trabajos que tuvo diez años en la Florida, vino á estos reinos en el año del Señor de 1537, donde estuvo hasta el año de 40, en el cual vinieron á esta corte de su majestad personas del rio de la Plata á dar cuenta á su majestad del suceso de la armada que allí habia enviado don Pedro de Mendoza, y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y á le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes que todos peresciesen (porque ya quedaban pocos de ellos). Y sabido por su majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulacion con Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, para que fuese á socorrellos; el cual asiento y capitulacion se efectuó, mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofreció de los ir á socorrer, y que gastaria en la jornada y socorro que así habia de hacer en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulacion y asiento que con su majestad tomó, le hizo merced de la gobernacion y de la capitania general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella; y asimismo le hizo merced del dozavo de todo lo que en la tierra y provincia se hobiese y lo que en ella entrase y saliese, con tanto que el dicho Alvar Nuñez gastase en la jornada los dichos ocho mil ducados; y así, él, en cumplimiento del asiento que con su majestad se hizo, se partió luego á Sevilla, para poner en obra lo capitulado y proveerse para el dicho socorro y armada; y para ello mercó dos naos y una carabela para con otra que le esperaba en Canaria; la una nao de estas era nueva del primer viaje, y era de treientos y cincuenta toneles, y la otra era de ciento y cincuenta; los cuales navíos aderezó muy bien y pro-

veyó de muchos bastimentos y pilotos y marineros, y hizo cuatrocientos soldados bien aderezados, cual convenia para el socorro; y todos los que se ofrecieron á ir en la jornada llevaron las armas dobladas. Estuvo en mercar y proveer los navíos desde el mes de mayo hasta en fin de septiembre, y estuvieron prestos para poder navegar, y con tiempos contrarios estuvo detenido en la ciudad de Cádiz desde en fin de septiembre hasta 2 de noviembre, que se embarcó y hizo su viaje, y en nueve dias llegó á la isla de la Palma, á do desembarcó con toda la gente, y estuvo allí veinte y cinco dias esperando tiempo para seguir su camino, y al cabo de ellos se embarcó para Cabo-Verde, y en el camino la nao capitana hizo un agua muy grande, y fué tal, que subió dentro en el navío doce palmos en alto, y se mojaron y perdieron mas de quinientos quintales de bizcocho, y se perdió mucho aceite y otros bastimentos; lo cual los puso en mucho trabajo; y así, fueron con ella dando siempre á la bomba de dia y de noche, hasta que llegaron á la isla de Santiago (que es una de las islas de Cabo-Verde), y allí desembarcaron y sacaron los caballos en tierra, porque se refrescasen y descansasen del trabajo que hasta allí habian traído y tambien porque se habia de descargar la nao para remediar el agua que hacia; y descargada, el maestre de ella la estancó (porque era el mejor buzo que habia en España). Vinieron desde la Palma hasta esta isla de Cabo-Verde en diez dias; que hay de la una á la otra trecientas leguas. En esta isla hay muy mal puerto, porque á do surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan atadas las anclas, y cuando las van á sacar quédanse allá las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque les roen los cabos que llevan las anclas; y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están, si les toma alguna tormenta. Esta isla es vi-

ciosa y muy enferma de verano; tanto, que la mayor parte de los que allí desembarcan se mueren en pocos dias que allí estén; y el armada estuvo allí veinte y cinco dias, en los cuales no se murió ningun hombre de ella, y de esto se espantaron los de la tierra, y lo tuvieron por gran maravilla; y los vecinos de aquella isla les hicieron muy buen acogimiento, y ella es muy rica y tiene muchos doblones mas que reales, los cuales les dan los que van á mercar los negros para las Indias, y les daban cada doblon por veinte reales.

CAPITULO II.

De cómo partimos de la isla de Cabo-Verde.

Remediada el agua de la nao capitana, y proveidas las cosas necesarias de agua y carne y otras cosas, nos embarcamos en seguimiento de nuestro viaje, y pasamos la línea Equinocial; y yendo navegando requerí el maestro el agua que llevaba la nao capitana, y de cien botas que metió no halló mas de tres, y habian de beber de ellas cuatrocientos hombres y treinta caballos. Y vista la necesidad tan grande, el Gobernador mandó que tomase la tierra, y fueron tres dias en demanda de ella; y al cuarto día, un hora antes que amaneciese acaesció una cosa admirable, y porque no es fuera de propósito, la pormé aquí, y es que yendo con los navíos á dar en tierra en unas peñas muy altas, sin que lo viese ni sintiese ninguna persona de los que venian en los navíos, comenzó á cantar un grillo, el cual metió en la nao en Cádiz un soldado que venia malo con deseo de oír la música del grillo, y habia dos meses y medio que navegábamos y no lo habiamos oido ni sentido, de lo cual el que lo metió venia muy enojado, y como aquella mañana sintió la tierra, comenzó á cantar, y á la música de él recordó toda la gente de la nao y vieron las peñas, que estaban un tiro de ballesta de la nao, y comenzaron á dar voces para que echasen anclas, porque íbamos al través á dar en las peñas; y así, las echaron, y fueron causa que no nos perdiésemos; que es cierto, si el grillo no cantara nos ahogáramos cuatrocientos hombres y treinta caballos; y entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo por nosotros; y de ahí en adelante, yendo navegando por mas de cien leguas por luengo de costa, siempre todas las noches el grillo nos daba su música; y así, con ella llegó el armada á un puerto que se llamaba la Cananea, que está pasado el Cabo-Frío, que estará en veinte y cuatro grados de altura. Es buen puerto; tiene unas islas á la boca de él; es limpio, y tiene once brazas de hondo. Aquí tomó el Gobernador la posesion de él por su majestad; y después de tomada, partió de allí, y pasó por el rio y bahía que dicen de San Francisco, el cual está veinte y cinco leguas de la Cananea, y de allí fué el armada á desembarcar en la isla de Santa Catalina, que está veinte y cinco leguas del rio de San Francisco, y llegó á la isla de Santa Catalina con hartos trabajos y fortunas que por el camino pasó, y llegó allí á 29 dias del mes de marzo de 1541. Está la isla de Santa Catalina en veinte y ocho grados de altura escasos.

CAPITULO III.

Que trata de cómo el Gobernador llegó con su armada á la isla de Santa Catalina, que es en el Brasil, y desembarcó allí con su armada.

Llegado que hobo el Gobernador con su armada á la isla de Santa Catalina, mandó desembarcar toda la gente que consigo llevaba, y veinte y seis caballos que escaparon de la mar, de los cuarenta y seis que en España embarcó, para que en tierra se reformasen de los trabajos que habian recebido con la larga navegacion, y para tomar lengua y informarse de los indios naturales de aquella tierra, porque por ventura acaso podrian saber del estado en que estaba la gente española que iban á socorrer, que residia en la provincia del Rio de la Plata; y dió á entender á los indios cómo iba por mandado de su majestad á hacer el socorro, y tomó posesion de ella en nombre y por su majestad, y asimismo del puerto que se dice de la Cananea, que está en la costa del Brasil, en veinte y cinco grados, poco mas ó menos. Está este puerto cincuenta leguas de la isla de Santa Catalina; y en todo el tiempo que el Gobernador estuvo en la isla, á los indios naturales de ella y de otras partes de la costa del Brasil (vasallos de su majestad) les hizo muy buenos tratamientos; y de estos indios tuvo aviso cómo catorce leguas de la isla, donde dicen el Biaza, estaban dos frailes franciscos, llamados el uno fray Bernaldo de Armenta, natural de Córdoba, y el otro fray Alonso Lebron, natural de la Gran Canaria; y dende á pocos dias estos frailes se vinieron donde el Gobernador y su gente estaban muy escandalizados y atemorizados de los indios de la tierra, que los querian matar, á causa de haberles quemado ciertas casas de indios, y por razon de ello habian muerto á dos cristianos que en aquella tierra vivian; y bien informado el Gobernador del caso, procuró sosegar y pacificar los indios, y recogió los frailes, y puso paz entre ellos, y les encargó á los frailes tuviesen cargo de doctrinar los indios de aquella tierra y isla.

CAPITULO IV.

De cómo vinieron nueve cristianos á la isla.

Y prosiguiendo el Gobernador en el socorro de los españoles, por el mes de mayo del año de 1541 envió una carabela con Felipe de Cáceres, contador de vuestra majestad, para que entrase por el rio que dicen de la Plata á visitar el pueblo que don Pedro de Mendoza allí fundó, que se llama Buenos-Aires; y porque á aquella sazón era invierno y tiempo contrario para la navegacion del rio, no pudo entrar, y se volvió á la isla de Santa Catalina, donde estaba el Gobernador, y allí vinieron nueve cristianos españoles, los cuales vinieron en un batel huyendo del pueblo de Buenos-Aires, por los malos tratamientos que les hacian los capitanes que residian en la provincia, de los cuales se informó del estado en que estaban los españoles que en aquella tierra residian, y le dijeron que el pueblo de Buenos-Aires estaba poblado y reformado de gente y bastimentos, y que Juan de Ayolas, á quien don Pedro de Mendoza habia enviado á descubrir la tierra y poblaciones de aquella provincia, al tiempo que volvia del descubrimiento, viniéndose á recoger á ciertos bergantines

que habia dejado en el puerto que puso por nombre de la Candelaria, que es en el rio del Paraguay, de una generacion de indios que viven en el dicho rio, que se llaman payaguos, le mataron á él y á todos los cristianos, con otros muchos indios que traia de la tierra adentro con las cargas, de la generacion de unos indios que se llaman chameses; y que de todos los cristianos y indios habia escapado un mozo de la generacion de los chameses, á causa de no haber hallado en el dicho puerto de la Candelaria los bergantines que allí habia dejado que le aguardasen hasta el tiempo de su vuelta, segun lo habia mandado y encargado á don Domingo de Irala, vizcaíno, á quien dejó por capitán en ellos; el cual, antes de ser vuelto el dicho Juan de Ayolas, se habia retirado, y desamparado el puerto de la Candelaria; por manera que por no los hallar el dicho Juan de Ayolas para recogerse en él, los indios los habian desbaratado y muerto á todos, por culpa del dicho Domingo de Irala, vizcaíno, capitán de los bergantines; y asimismo le dijeron y hicieron saber cómo en la ribera del rio del Paraguay, ciento y veinte leguas mas bajo del puerto de la Candelaria, estaba hecho y asentado un pueblo, que se llama la ciudad de la Ascension, en amistad y concordia de una generacion de indios que se llaman carios, donde residia la mayor parte de la gente española que en la provincia estaba; y que en el pueblo y puerto de Buenos-Aires, que es en el rio del Paraná, estaban hasta setenta cristianos; dende el cual puerto hasta la ciudad de la Ascension, que es en el rio del Paraguay, habia trecientas y cincuenta leguas por el rio arriba, de muy trabajosa navegacion; y que estaba por teniente de gobernador en la tierra y provincia Domingo de Irala, vizcaíno, por quien sucedió la muerte y perdicion de Juan de Ayolas y de todos los cristianos que consigo llevó; y tambien le dijeron y informaron que Domingo de Irala dende la ciudad de la Ascension habia subido por el rio del Paraguay arriba con ciertos bergantines y gentes, diciendo que iba á buscar y dar socorro á Juan de Ayolas, y habia entrado por tierra muy trabajosa de aguas y ciénagas, á cuya causa no habia podido entrar por la tierra adentro, y se habia vuelto y habia tomado presos seis indios de la generacion de los payaguos, que fueron los que mataron á Juan de Ayolas y cristianos; de los cuales prisioneros se informó y certificó de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos, y cómo al tiempo habia venido á su poder un indio chane, llamado Gonzalo, que escapó cuando mataron á los de su generacion y cristianos que venian con ellos con las cargas, el cual estaba en poder de los indios payaguos captivo; y Domingo de Irala se retiró de la entrada, en la cual se le murieron sesenta cristianos de enfermedad y malos tratamientos; y otrosi, que los oficiales de su majestad que en la tierra y provincia residian habian hecho y hacian muy grandes agravios á los españoles pobladores y conquistadores, y á los indios naturales de la dicha provincia, vasallos de su majestad; de que estaban muy descontentos y desaseados; y que por esta causa, y porque asimismo los capitanes los maltrataban, ellos habian hurtado un batel en el puerto de Buenos-Aires, y se habian venido huyendo, con intencion y propósito de dar aviso á su

majestad de todo lo que pasaba en la tierra y provincia; á los cuales nueve cristianos, porque venian desnudos, el Gobernador los vistió y recogió, para volverlos consigo á la provincia, por ser hombres provechosos y buenos marineros, y porque entre ellos habia un piloto para la navegacion del rio.

CAPITULO V.

De cómo el Gobernador dió prisa á su camino.

El Gobernador, habida relacion de los nueve cristianos, le pareció que para con mayor brevedad socorrer á los que estaban en la ciudad de la Ascension y á los que residian en el puerto de Buenos-Aires, debia buscar camino por la Tierra-Firme desde la isla, para poder entrar por él á las partes y lugares ya dichos, do estaban los cristianos, y que por la mar podrian ir los navíos al puerto de Buenos-Aires, y contra la voluntad y parecer del contador Felipe de Cáceres y del piloto Antonio Lopez, que querian que fuera con toda el armada al puerto de Buenos-Aires, dende la isla de Santa Catalina envió al factor Pedro Dorantes á descubrir y buscar camino por la Tierra-Firme y porque se descubriese aquella tierra; en el cual descubrimiento le mataron al rey de Portugal mucha gente los indios naturales; el cual dicho Pedro Dorantes, por mandado del Gobernador, partió con ciertos cristianos españoles y indios, que fueron con él para le guiar y acompañar en el descubrimiento. A cabo de tres meses y medio que el factor Pedro Dorantes hobo partido á descubrir la tierra, volvió á la isla de Santa Catalina, donde el Gobernador le quedaba esperando; y entre otras cosas de su relacion dijo que, habiendo atravesado grandes sierras y montañas y tierra muy despoblada, habia llegado á do dicen el Campo, que dende allí comienza la tierra poblada, y que los naturales de la isla dijeron que era mas segura y cercana la entrada para llegar á la tierra poblada por un rio arriba, que se dice Itabucu, que está en la punta de la isla, á diez y ocho ó veinte leguas del puerto. Sabido esto por el Gobernador, luego envió á ver y descubrir el rio y la tierra firme de él por donde habia de ir caminando; el cual visto y sabido, determinó de hacer por allí la entrada, así para descubrir aquella tierra que no se habia visto ni descubierto, como por socorrer mas brevemente á la gente española que estaba en la provincia; y así, acordado de hacer por allí la entrada, los frailes fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, habiéndoles dicho el Gobernador que se quedasen en la tierra y isla de Santa Catalina á enseñar y doctrinar los indios naturales y á reformar y sostener los que habian bautizado, no lo quisieron hacer, poniendo por excusa que se querian ir en su compañía del Gobernador, para residir en la ciudad de la Ascension, donde estaban los españoles que iba á socorrer.

CAPITULO VI.

De cómo el Gobernador y su gente comenzaron á caminar por la tierra adentro.

Estando bien informado el Gobernador por dó habia de hacer la entrada para descubrir la tierra y socorrer los españoles, bien pertrechado de cosas necesarias pa-

ra hacer la jornada, á 18 dias del mes de octubre del dicho año mandó embarcar la gente que con él habia de ir al descubrimiento, con los veinte y seis caballos y yeguas que habian escapado en la navegacion dicha; los cuales mandó pasar al rio de Itabucu, y lo sojuzgó, y tomó la posesion de él en nombre de su majestad, como tierra que nuevamente descubria, y dejó en la isla de Santa Catalina ciento y cuarenta personas para que se embarcasen y fuesen por la mar al rio de la Plata, donde estaba el puerto de Buenos-Aires, y mandó á Pedro Estopiñan Cabeza de Vaca, á quien dejó allí por capitán de la dicha gente, que antes que partiese de la isla forneciese y cargase la nao de bastimentos, así para la gente que llevaba como para la que estaba en el puerto de Buenos-Aires; y á los indios naturales de la isla, antes que de ella partiese les dió muchas cosas porque quedasen contentos, y de su voluntad se ofrescieron cierta cantidad de ellos á ir en compañía del Gobernador y su gente, así para enseñar el camino como para otras cosas necesarias, en que aprovechó harto su ayuda; y así, á 2 dias del mes de noviembre del dicho año el Gobernador mandó á toda la gente que, demás del bastimento que los indios llevaban, cada uno tomase lo que pudiese llevar para el camino; y el mismo dia el Gobernador comenzó á caminar con docientos y cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros, muy diestros en las armas, y veinte y seis de caballo y los dos frailes franciscos y los indios de la isla, y envió la nao á la isla de Santa Catalina para que Pedro de Estopiñan Cabeza de Vaca desembarcase, y fuesen con la gente al puerto de Buenos-Aires; y así, el Gobernador fué caminando por la tierra adentro, donde pasó grandes trabajos, y la gente que consigo llevaba, y en diez y nueve dias atravesaron grandes montañas, haciendo grandes talas y cortes en los montes y bosques, abriendo caminos por donde la gente y caballos pudiesen pasar, porque todo era tierra despoblada; y á cabo de los dichos diez y nueve dias, teniendo acabados los bastimentos que sacaron cuando empezaron á marchar, y no teniendo de comer, plugo á Dios que sin se perder ninguna persona de la hueste descubrieron las primeras poblaciones que dicen del Campo, donde hallaron ciertos lugares de indios, que el señor y principal habia por nombre Aniriri, y á una jornada de este pueblo estaba otro, donde habia otro señor y principal que habia por nombre Cipoyay, y adelante de este pueblo estaba otro pueblo de indios, cuyo señor y principal dijo llamarse Tocanguanzu; y como supieron los indios de estos pueblos de la venida del Gobernador y gente que consigo iba, lo salieron á recibir al camino, cargados con muchos bastimentos, muy alegres, mostrando gran placer con su venida; á los cuales el Gobernador recibió con gran placer y amor; y demás de pagarles el precio que valian, á los indios principales de los pueblos les dió graciosamente y hizo mercedes de muchas camisas y otros rescates, de que se tuvieron por contentos. Esta es una gente y generacion que se llaman guaraníes; son labradores, que siembran dos veces en el año maiz, y asimismo siembran cazabi, crian gallinas á la manera de nuestra España, y patos; tienen en sus casas muchos papagayos, y tienen ocupada muy gran tierra, y todo es una

legua; los cuales comen carne humana, así de indios sus enemigos, con quien tienen guerra, como de cristianos, y aun ellos mismos se comen unos á otros. Es gente muy amiga de guerras, y siempre las tienen y procuran, y es gente muy vengativa; de los cuales pueblos, en nombre de su majestad, el Gobernador tomó la posesion, como tierra nuevamente descubierta, y la intituló y puso por nombre la provincia de Vera, como parece por los autos de la posesion que pasaron porante Juan de Araoz, escribano de su majestad; y hecho esto, á los 29 de noviembre partió el Gobernador y su gente del lugar de Tocanguanzu, y caminando á dos jornadas, á 1.º dia del mes de diciembre llegó á un rio que los indios llaman Iguazu, que quiere decir agua grande: aquí tomaron los pilotos el altura.

CAPITULO VII.

Que trata de lo que pasó el Gobernador y su gente por el camino, y de la manera de la tierra.

De aqueste rio llamado Iguazu el Gobernador y su gente pasaron adelante descubriendo tierra, y á 3 dias del mes de diciembre llegaron á un rio que los indios llaman Tibagi. Es un rio enladrillado de losas grandes, solado, puestas en tanta orden y concierto como si á mano se hobieran puesto. En pasar de la otra parte de este rio se recibió gran trabajo, porque la gente y caballos resbalaban por las piedras y no se podian tener sobre los piés, y tomaron por remedio pasar asidos unos á otros; y aunque el rio no era muy hondable, corría el agua con gran furia y fuerza. De dos leguas cerca de este rio vinieron los indios con mucho placer á traer á la hueste bastimentos para la gente; por manera que nunca les faltaba de comer, y aun á veces lo dejaban sobrado por los caminos. Lo cual causó dar el Gobernador á los indios tanto y ser con ellos tan largo, especialmente con los principales, que, demás de pagarles los mantenimientos que le traian, les daba graciosamente muchos rescates, y les hacia muchas mercedes y todo buen tratamiento; en tal manera, que corría la fama por la tierra y provincia, y todos los naturales perdian el temor y venian á ver y traer todo lo que tenían, y se lo pagaban, segun es dicho. Este mismo dia, estando cerca de otro lugar de indios que su principal señor se dijo llamar Tapapirazu, llegó un indio natural de la costa del Brasil, que se llamaba Miguel, nuevamente convertido; el cual venia de la ciudad de la Ascension, donde residian los españoles que iban á socorrer; el cual se venia á la costa del Brasil porque habia mucho tiempo que estaba con los españoles; con el cual se holgó mucho el Gobernador, porque de él fué bien informado del estado en que estaba la provincia y los españoles y naturales de ella, por el muy grande peligro en que estaban los españoles á causa de la muerte de Juan de Ayolas, como de otros capitanes y gente que los indios habian muerto; y habida relacion de este indio, de su propia voluntad quiso volverse en compañía del Gobernador á la ciudad de la Ascension, de donde él se venia, para guiar la gente y avisar del camino por donde habian de ir; y dende aquí el Gobernador mandó despedir y volver los indios que salieron de la isla de Santa Catalina en su compañía. Los cuales, así por

los buenos tratamientos que les hizo como por las muchas dádivas que les dió, se volvieron muy contentos y alegres.

Y porque la gente que en su compañía llevaba el Gobernador era falta de experiencia, porque no hiciesen daños ni agravios á los indios, mandóles que no contratasen ni comunicasen con ellos ni fuesen á sus casas y lugares, por ser tal su condicion de los indios, que de cualquier cosa se alteran y escandalizan, de donde podia resultar gran daño y desasosiego en toda la tierra; y asimismo mandó que todas las personas que los entendian que traia en su compañía contratasen con los indios y les comprasen los bastimentos para toda la gente, todo á costa del Gobernador; y así, cada dia repartia entre la gente los bastimentos por su propia persona, y se los daba graciosamente sin interés alguno.

Era cosa muy de ver cuán temidos eran los caballos por todos los indios de aquella tierra y provincia, que del temor que les habian, les sacaban al camino para que comiesen muchos mantenimientos, gallinas y miel, diciendo que porque no se enojasen que ellos les darian muy bien de comer; y por los sosegar, que no desamparasen sus pueblos, asentaban el real muy apartado de ellos, y porque los cristianos no les hiciesen fuerzas ni agravios. Y con esta orden, y viendo que el Gobernador castigaba á quien en algo los enojaba, venian todos los indios tan seguros con sus mujeres y hijos, que era cosa de ver; y de muy léjos venian cargados con mantenimientos solo por ver los cristianos y los caballos, como gente que nunca tal habia visto pasar por sus tierras.

Yendo caminando por la tierra y provincia el Gobernador y su gente, llegó á un pueblo de indios de la generacion de los guaraníes, y salió el señor principal de este pueblo al camino con toda su gente, muy alegre á recibillo, y traian miel, patos y gallinas, y harina y maiz; y por lengua de los intérpretes les mandaba hablar y sosegar, agradeciéndoles su venida, pagándoles lo que traian, de que recibia mucho contentamiento; y allende de esto, al principal de este pueblo, que se decia Pupebaje, mandó dar graciosamente algunos rescates de tijeras y cuchillos y otras cosas, y de allí pasaron prosiguiendo el camino, dejando los indios de este pueblo tan alegres y contentos, que de placer bailaban y cantaban por todo el pueblo.

A los 7 del mes de diciembre llegaron á un rio que los indios llaman Tacuari. Este es un rio que lleva buena cantidad de agua y tiene buena corriente; en la ribera del cual hallaron un pueblo de indios que su principal se llamaba Abangobi, y él y todos los indios de su pueblo, hasta las mujeres y niños, los salieron á recibir, mostrando grande placer con la venida del Gobernador y gente, y les trujeron al camino muchos bastimentos; los cuales se lo pagaron, segun lo acostumbraban. Toda esta gente es una generacion y hablan todos un lenguaje; y de este lugar pasaron adelante, dejando los naturales muy alegres y contentos; y así, iban luego de un lugar á otro á dar las nuevas del buen tratamiento que les hacian, y les enseñaban todo lo que les daban; de manera que todos los pueblos por donde habian de pasar los hallaban muy pacíficos, y los salian

á recibir á los caminos antes que llegasen á sus pueblos, cargados de bastimentos; los cuales se les pagaban á su contento, segun es dicho. Prosiguiendo el camino, á los 14 dias del mes de diciembre, habiendo pasado por algunos pueblos de indios de la generacion de los guaraníes, donde fué bien recibido y proveido de los bastimentos que tenían, llegado el Gobernador y su gente á un pueblo de indios de la generacion que su principal se dijo llamar Tocanguir, aquí reposaron un dia porque la gente estaba fatigada, y el camino por do caminaron fué al oes norueste y á la cuarta del norueste; y en este lugar tomaron los pilotos el altura en veinte y cuatro grados y medio, apartados del Trópico un grado. Por todo el camino que se anduvo, después que entró en la provincia, en las poblaciones de ella es toda tierra muy alegre, de grandes campiñas, arboledas y muchas aguas de rios y fuentes, arroyos y muy buenas aguas delgadas; y en efecto es toda tierra muy aparejada para labrar y criar.

CAPITULO VIII.

De los trabajos que recibió en el camino el Gobernador y su gente, y la manera de los pinos y piñas de aquella tierra.

Dende el lugar de Tugui fué caminando el Gobernador con su gente hasta los 19 dias del mes de diciembre sin hallar poblado ninguno, donde recibió gran trabajo en el caminar á causa de los muchos rios y malos pasos que habia; que para pasar la gente y caballos hobo dia que se hicieron diez y ocho puentes, así para los rios como para las ciénagas, que habia muchas y muy malas; y asimismo se pasaron grandes sierras y montañas muy ásperas y cerradas de arboledas de cañas muy gruesas, que tenían unas puas muy agudas y recias, y de otros árboles, que para poderlos pasar iban siempre delante veinte hombres cortando y haciendo el camino, y estuvo muchos dias en pasarlas, que por la maleza de ellas no vian el cielo; y el dicho dia, á 19 del dicho mes, llegaron á un lugar de indios de la generacion de los guaraníes, los cuales, con su principal, y hasta las mujeres y niños, mostrando mucho placer, los salieron á recibir al camino dos leguas del pueblo, donde trujeron muchos bastimentos de gallinas, patos y miel y batatas y otras frutas, y maiz y harina de piñones (que hacen muy gran cantidad de ella), porque hay en aquella tierra muy grandes pinares, y son tan grandes los pinos, que cuatro hombres juntos, tendidos los brazos, no pueden abrazar uno, y muy altos y derechos, y son muy buenos para mástiles de naos y para carracas, segun su grandeza; las piñas son grandes, los piñones del tamaño de bellotas, la cáscara grande de ellos es como de castañas, difieren en el sabor á los de España; los indios los cogen y de ellos hacen gran cantidad de harina para su mantenimiento. Por aquella tierra hay muchos puercos monteses y monos que comen estos piñones de esta manera: que los monos se suben encima de los pinos y se asen de la cola, y con las manos y piés derruecan muchas piñas en el suelo, y cuando tienen derribada mucha cantidad, abajan á comerlos; y muchas veces acontece que los puercos monteses están aguardando que los monos derriben las piñas, y cuando las tienen derribadas, al tiempo que

abajan los monos de los pinos á comellos salen los puercos contra ellos, y quitanselas, y cómense los piñones, y mientras los puercos comian, los monos estaban dando grandes gritos sobre los árboles. También hay otras muchas frutas de diversas maneras y sabor, que dos veces en el año se dan. En este lugar de Tugui se detuvo el Gobernador y su gente la pascua del Nacimiento, así por la honra de ella como porque la gente reposase y descansase; donde tuvieron qué comer, porque los indios lo dieron muy abundantemente de todos sus bastimentos; y así, los españoles, con la alegría de la Pascua y con el buen tratamiento de los indios, se regocijaron mucho, aunque el reposar era muy dañoso, porque como la gente estaba sin ejercitar el cuerpo y tenían tanto de comer, no digerian lo que comian, y luego les daban calenturas; lo que no hacia cuando caminaban, porque luego como comenzaban á caminar las dos jornadas primeras, desechaban el mal y andaban buenos; y al principio de la jornada la gente fatigaba al Gobernador que reposase algunos dias, y no lo queria permitir, porque ya tenía experiencia que habian de adolecer, y la gente creia que lo hacia por darlos mayor trabajo, hasta que por experiencia vinieron á conocer que lo hacia por su bien, porque de comer mucho adolecian, y de esto el Gobernador tenía mucha experiencia.

CAPITULO IX.

De cómo el Gobernador y su gente se vieron con necesidad de hambre, y la remediaron con gusanos que sacaban de unas cañas.

A 28 dias de diciembre el Gobernador y su gente salieron del lugar de Tugui, donde quedaron los indios muy contentos; y yendo caminando por la tierra todo el dia sin hallar poblado alguno, llegaron á un rio muy caudaloso y ancho, y de grandes corrientes y hondables, por la ribera del cual habia muchas arboledas de acipreses y cedros y otros árboles; en pasar este rio se recibió muy gran trabajo aqueste dia y otros tres; caminaron por la tierra y pasaron por cinco lugares de indios de la generacion de los guaranies, y de todos ellos los salian á recibir al camino con sus mujeres y hijos, y traian muchos bastimentos, en tal manera, que la gente siempre fué muy proveida, y los indios quedaron muy pacíficos por el buen tratamiento y paga que el Gobernador les hizo. Toda esta tierra es muy alegre y de muchas aguas y arboledas; toda la gente de los pueblos siembran maíz y cazabi y otras semillas, y batatas de tres maneras, blancas y amarillas y coloradas, muy gruesas y sabrosas, y crían patos y gallinas, y sacan mucha miel de los árboles de lo hueco de ellos.

A 1.º dia del mes de enero del año del Señor de 1542, que el Gobernador y su gente partió de los pueblos de los indios, fué caminando por tierras de montañas y cañaverales muy espesos, donde la gente pasó harto trabajo, porque hasta los 5 dias del mes no hallaron poblado alguno; y demás del trabajo, pasaron mucha hambre y se sostuvo con mucho trabajo, abriendo caminos por los cañaverales. En los cañutos de estas cañas habia unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freian para comer, y salia

de ellos tanta manteca, que bastaba para freirse muy bien, y los comian toda la gente, y los tenían por muy buena comida; y de los cañutos de otras cañas sacaban agua, que bebían y era muy buena, y se holgaban con ello. Esto andaban á buscar para comer en todo el camino; por manera que con ellos se sustentaron y remediaron su necesidad y hambre por aquel despoblado. En el camino se pasaron dos rios grandes y muy caudalosos con gran trabajo; su corriente es al norte. Otro dia, 6 de enero, yendo caminando por la tierra adentro sin hallar poblado alguno, vinieron á dormir á la ribera de otro rio caudaloso de grandes corrientes y de muchos cañaverales, donde la gente sacaba de los gusanos de las cañas para su comida, con que se sustentaron; y de allí partió el Gobernador con su gente. Otro dia siguiente fué caminando por tierra muy buena y de buenas aguas, y de mucha caza y puercos monteses y venados, y se mataban algunos y se repartían entre la gente: este dia pasaron dos rios pequeños. Plugo á Dios que no adoleció en este tiempo ningun cristiano, y todos iban caminando buenos con esperanza de llegar presto á la ciudad de la Ascension, donde estaban los españoles que iban á socorrer; desde 6 de enero hasta 10 del mes pasaron por muchos pueblos de indios de la generacion de los guaranies, y todos muy pacíficos y alegremente los salieron á recibir al camino de cada pueblo su principal, y los otros indios con sus mujeres y hijos cargados de bastimentos (de que se recibió grande ayuda y beneficio para los españoles), aunque los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso, su compañero, se adelantaban á recoger y tomar los bastimentos, y cuando llegaba el Gobernador con la gente no tenían los indios qué dar; de lo cual la gente se quejó al Gobernador, por haberlo hecho muchas veces, habiendo sido apercebidos por el Gobernador que no lo hiciesen, y que no llevasen ciertas personas de indios, grandes y chicos, inútiles, á quien daban de comer; no lo quisieron hacer, de cuya causa toda la gente estuvo movida para los derramar, si el Gobernador no se lo eslorbara, por lo que tocaba al servicio de Dios y de su majestad; y al cabo los frailes se fueron y apartaron de la gente, y contra la voluntad del Gobernador echaron por otro camino; y después de esto, los hizo traer y recoger de ciertos lugares de indios donde se habian recogido, y es cierto que si no los mandara recoger y traer, se vieran en muy gran trabajo. En el dia 10 de enero, yendo caminando, pasaron muchos rios y arroyos y otros malos pasos de grandes sierras y montañas de cañaverales de mucha agua; cada sierra de las que pasaron tenia un valle de tierra muy excelente, y un rio y otras fuentes y arboledas. En toda esta tierra hay muchas aguas, á causa de estar debajo del Trópico; el camino y derrota que hicieron estos dos dias fué al oeste.

CAPITULO X.

Del miedo que los indios tienen á los caballos.

A los 14 dias del mes de enero yendo caminando por entre lugares de indios de la generacion de los guaranies, todos los cuales los recibieron con mucho placer, y los venian á ver y traer maíz, gallinas y miel y de los otros mantenimientos; y como el Gobernador se lo pa-

CAPITULO XI.

De cómo el Gobernador caminó con canoas por el rio de Iguazu, y por salvar un mal paso de un salto que el rio hacia, llevó por tierra las canoas una legua á fuerza de brazos.

Habiendo dejado el Gobernador los indios del rio del Piqueri muy amigos y pacíficos, fué caminando con su gente por la tierra, pasando por muchos pueblos de indios de la generacion de los guaranies; todos los cuales les salian á recibir á los caminos con muchos bastimentos, mostrando grande placer y contentamiento con su venida, y á los indios principales señores de los pueblos les daba muchos rescates, y hasta las mujeres viejas y niños salian á ellos á los recibir, cargados de maíz y batatas, y asimismo de los otros pueblos de la tierra, que estaban á una jornada y á dos unos de otros, todos vinieron de la misma forma á traer bastimentos; y antes de llegar con gran trecho á los pueblos por donde habian de pasar, alimpiaban y desmontaban los caminos, y bailaban y hacian grandes regocijos de verlos; y lo que mas acrescenta su placer y de que mayor contento resciben, es cuando las viejas se alegran, porque se gobiernan con lo que estas les dicen y sonles muy obedientes, y no lo son tanto á los viejos. A postrero dia del dicho mes de enero, yendo caminando por la tierra y provincia, llegaron á un rio que se llama Iguazu, y antes de llegar al rio anduvieron ocho jornadas de tierra despoblada, sin hallar ningun lugar poblado de indios. Este rio Iguazu es el primer rio que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil. Llámase también por aquella parte Iguazu; corre del este oeste; en él no hay poblado ninguno; tomósese el altura en veinte y cinco grados y medio. Llegados que fueron al rio de Iguazu, fué informado de los indios naturales que el dicho rio entra en el rio del Paraná, que asimismo se llama el rio de la Plata; y que entre este rio del Paraná y el rio de Iguazu mataron los indios á los portugueses que Martin Alfonso de Sosa envió á descubrir aquella tierra: al tiempo que pasaban el rio en canoas dieron los indios en ellos y los mataron. Algunos de estos indios de la ribera del rio Paraná, que así mataron á los portugueses, le avisaron al Gobernador que los indios del rio del Piqueri que era mala gente, enemigos nuestros, y que les estaban aguardando para acometerlos y matarlos en el paso del rio; y por esta causa acordó el Gobernador, sobre acuerdo, de tomar y asegurar por dos partes el rio, yendo él con parte de su gente en canoas por el rio de Iguazu abajo, y salirse á poner en el rio del Paraná, y por la otra parte fuese el resto de la gente y caballos por tierra, y se pusiesen y confrontasen con la otra parte del rio, para poner temor á los indios y pasar en las canoas toda la gente; lo cual fué así puesto en efecto; y en ciertas canoas que compró de los indios de la tierra se embarcó el Gobernador con hasta ochenta hombres, y así se partieron por el rio de Iguazu abajo, y el resto de la gente y caballos mandó que se fuesen por tierra (según está dicho), y que todos se fuesen á juntar en el rio del Paraná. E yendo por el dicho rio de Iguazu abajo era la corriente de él tan grande, que corrian las canoas por él con mucha furia; y esto causó que muy cerca de donde se embarcó da el rio un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el

agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y mas, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y á fuerza de brazos las llevaron mas de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos: salvado aquel mal paso, volvieron á meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho rio abajo hasta que llegaron al rio del Paraná; y fué Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el Gobernador que en ellas iban, llegaron todos á un tiempo, y en la ribera del rio estaba muy gran número de los indios de la misma generacion de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagraados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el Gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor á los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes á les hablar, y á derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy cobdiciosa y amiga de novedades, comenzáronse á sosegar y allegarse al Gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron á pasar de la otra parte del rio; y como hobieron pasado, mandó el Gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, en concordia de los naturales, ayudándoles ellos propios á los pasar. Este rio del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta, es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del rio se trastornó una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca mas pareció. Hace este rio muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

CAPITULO XII.

Que trata de las balsas que se hicieron para llevar los dolientes.

Habiendo pasado el Gobernador y su gente el rio del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que había enviado á pedir á los capitanes que estaban en la ciudad de la Ascension, avisándoles por su carta que les escribió dende el rio del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habían caminado; y porque tenían nueva de su venida y no haber llegado, púsole en mayor confusión, y porque los enfermos eran muchos y no podían caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos sería dar atrevimiento para hacer alguna traicion, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar los enfermos por el rio de Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados á un indio principal del rio, que había por nombre Iguaron, al cual dió rescates porque él se ofreció á ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarían los bergantines, donde serían recibidos y

recogidos, y entre tanto serían favorecidos por el indio llamado Francisco, que fué criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del rio del Paraná, á cuatro jornadas de donde lo pasaron, segun fué informado por los naturales; y así, los mandó embarcar, que serían hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros para que les guardasen y defendiesen; y luego que los hobo enviado se partió el Gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Ascension, hasta la cual (segun le certificaron los indios del rio del Paraná) habría hasta nueve jornadas; y en el rio del Paraná se tomó la posesion en nombre y por su majestad, y los pilotos tomaron el altura en veinte y cuatro grados.

El Gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generacion de los guaraníes, donde por todos ellos fué muy bien recibido, saliendo, como solian, á los caminos, cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy grandes y otros malos pasos y rios, donde en el hacer de las puentes para pasar la gente y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el rio del Paraná, les acompañaban de unos pueblos á otros, y les mostraban y tenían muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer; todo lo cual pagaba y satisfacía muy bien el Gobernador; con que quedaban muy contentos. Y caminando por la tierra y provincia, aportó á ellos un cristiano español que venia de la ciudad de la Ascension á saber de la venida del Gobernador, y llevar el aviso de ello á los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, segun la necesidad y deseo que tenían de verlo á él y su gente por ser socorridos, no podían creer que fuesen á hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, no embargante que habían recibido las cartas que el Gobernador les había escripto. Este cristiano dijo y informó al Gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habían suscedido así en los que llevó Juan de Ayolas como otros muchos que los indios de la tierra habían muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, que está asentado en el rio del Paraná, donde habían de ser socorridos los navíos y gentes que de estos reinos de España fuesen á los socorrer; y por esta causa tenían perdida la esperanza de ser socorridos, pues el puerto se había despoblado, y por otros muchos daños que les habían suscedido en la tierra.

CAPITULO XIII.

De cómo llegó el Gobernador á la ciudad de la Ascension, donde estaban los cristianos españoles que iba á socorrer.

Habiendo llegado (segun dicho es) el cristiano español, y siendo bien informado el Gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos que consigo llevó á hacer la entrada y descubrimiento de tierra, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenían de su ayuda los que estaban en la ciudad de la Ascension, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos-Aires, adonde el Gobernador ha-

bia mandado venir su nao capitana con las ciento y cuarenta personas dende la isla de Santa Catalina, donde los había dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarían por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios había, y por los enviar con toda brevedad á socorrer y dar contentamiento á los de la Ascension, y para sosegar los indios que tenían por amigos naturales de aquella tierra, vassallos de su majestad, con muy gran diligencia fué caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generacion de los guaraníes, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venían á ver cargados de mantenimientos, porque corría la fama (segun está dicho) de los buenos tratamientos que les hacía el Gobernador y muchas dádivas que les daba, venían con tanta voluntad y amor á verlos y traerles bastimentos, y traían consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenían, y les limpiaban los caminos por do habían de pasar. Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento, tienen sus casas de paja y madera; entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascension, que todos, uno á uno, vinieron á hablar al Gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron á todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Ascension; y como el Gobernador y su gente se iban acercando á ella, por los lugares por do pasaban antes de llegar á ellos, hacían lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponían en orden, como en procesion, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas, y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartían graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto, y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decían que fuesen bien venidos el Gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nacidos y criados en España. Y de esta manera caminando (segundo dicho es), fué nuestro Señor servido que á 11 dias del mes de marzo, sábado, á las nueve de la mañana, del año de 1542, llegaron á la ciudad de la Ascension, donde hallaron residiendo los españoles que iban á socorrer, la cual está asentada en la ribera del rio del Paraguay, en veinte y cinco grados de la banda del Sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron á recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, así por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierta, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos-Aires, por do tenían alguna esperanza de ser socorridos, lo habían despoblado, y que por esto los indios naturales habían tomado grande osadía y atrevimiento de

los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que había pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española á la provincia. Y por el consiguiente, el Gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, haciéndole saber cómo iba á les dar socorro por mandado de su majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Loja; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales rescibieron al Gobernador y le dieron la obediencia como á tal capitán general de la provincia en nombre de su majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el Gobernador dió y proveyó de nuevo en personas que en nombre de su majestad administrasen la ejecución de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

CAPITULO XIV.

De cómo llegaron á la ciudad de la Ascension los españoles que quedaron malos en el rio del Piqueri.

Estando el Gobernador en la ciudad de la Ascension (de la manera que he dicho), á cabo de treinta dias que hobo llegado á la ciudad, vinieron al puerto los cristianos que había enviado en las balsas, así enfermos como sanos, dende el rio del Paraná, que allí adolescieron, y venían fatigados del camino; de los cuales no faltó sino solo uno, que lo mató un tigre, y de ellos supo el Gobernador y fué certificado que los indios naturales del rio habían hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el rio en canoas, y por la ribera del rio habían salido á ellos, yendo por el rio abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de atambores los habían acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose á ellos con mas de docientas canoas por los entrar y tomar las balsas, para los matar, y que catorce dias con sus noches no habían cesado poco ni mucho de los dar el combate, y que los de tierra no dejaban de les tirar juntamente (segun que los de las canoas), y que traían unos garfios grandes, para en juntándose las balsas á tierra, echarles mano y sacarlas á tierra, y detenerlos para los tomar á manos; y con esto, era tan grande la vocería y alaridos que daban los indios, que parecia que se juntaba el cielo con la tierra; y como los de las canoas y los de la tierra se remudaban, y unos descansaban, y otros peleaban, con tanta orden, que no dejaban de les dar siempre mucho trabajo; donde hobo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las balsas no dejaban de caminar por el rio abajo, así de dia como de noche, porque la corriente del rio, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajasen mas de en gobernar, para que no se llegasen á la tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el rio hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traía las